

Notas

ISSN 1669-8843
Revista *Cátedra Paralela*
N° 11 | Año 2014

Mirada viene, mirada va... Un relato sobre la experiencia de trabajar desde la Fotografía y el Trabajo Social

Valeria Marani

Lic. en Trabajo Social (UNR)

Secretaría de Salud Pública (Rosario)

E-mail: valemarani@yahoo.com.ar

Marina Iraolagoitía

Lic. en Trabajo Social (UNR)

Secretaría de Salud Pública (Rosario)

E-mail: marinola76@hotmail.com

Resumen

El presente artículo se propone transmitir una experiencia de trabajo donde el uso del arte, la fotografía en este caso, se utiliza como medio para superar las clásicas antinomias entre salud-enfermedad. La apuesta fue por la conformación de espacios que alojen, que cuiden a los niños y jóvenes que transiten por ellos, como parte de sus procesos de atención en los Centros de Salud. Pero que también posibiliten aprender contenidos fotográficos y que por medio de sus obras puedan trascender las fronteras barriales y hacer públicas sus producciones.

Palabras claves

Fotografía - Salud -
Singularidad - Comunidad

Abstract

This article is about a working experience, where photography art is the bridge to save the gap between health and illness. The proposal was to build an inclusive, caring space for kids and young ones that come to it as part of their procedures in the Health Center. It also has the intention to teach photography and by the result of their work, children can cross over their neighborhood environmental limitations they live in and share their art with the rest of world.

Key words

Photography - Health Care -
Singularity - Community

Un encuentro: dos mundos

El presente escrito se propone transmitir una experiencia de trabajo donde el uso del arte, la fotografía en este caso, se concibe desde un modo no sesgado por el binomio salud-enfermedad, sino como una herramienta generadora de procesos saludables, tanto en usuarios de la red de Salud Pública Municipal como en sus trabajadores.

La fotografía como herramienta de expresión artística tiene la particularidad de invitarnos a ver, develar, irrumpir y ¿por qué no? cuestionar (interpelar) algo a través de la imagen.

Como Trabajadoras Sociales y Fotógrafas fuimos elaborando la idea de poder conjugar ambas disciplinas. Esta elaboración se vio atravesada por la reflexión acerca de aquello que nos interesaba mostrar, poner en discusión y es en este sentido que “la imagen” debía brindarnos una utilidad allí donde las palabras, muchas veces, no alcanzan. Nos detuvimos en un comienzo frente a algunas afirmaciones que frecuentemente forman parte de los discursos de las Instituciones que trabajan con sectores populares, para dejar de naturalizarlas: “traen los chicos sucios”, “no hacen los tratamientos porque no les importa”, “les gusta vivir así”, etc.

En este marco, intentamos por medio de un relato documental poner en juego esta idea de “mirar” los modos de vida de los sectores populares (usuarios del sistema de salud) desde un lugar (esto es desde una moral, desde una ideología, desde una concepción) de una “clase media universitaria” que trabaja en las instituciones públicas de salud. De esta primera aproximación surge nuestro trabajo fotográfico documental “Un encuentro. Dos mundos.”: Dos historias. Dos mujeres. Una, médica de un Centro de Salud; la otra, usuaria del sistema público de salud y perteneciente a la comunidad Quom. Historias contadas en paralelo a través de imágenes que muestran los detalles más íntimos de la vida cotidiana: algunos ambientes de sus viviendas, las actividades que realizan cotidianamente, etc. Esta serie fue exhibida en el marco del Congreso de Salud Pública Municipal, año 2012.

Este trabajo nos permitió encontrarnos con sensaciones tanto propias como de los trabajadores, de las mismas protagonistas y sus entornos, e inquietudes, preguntas y una motivación alrededor de la idea de utilizar este potencial que tiene la fotografía. Nos embarcamos en esta inquietud y nos propusimos andar un camino que enlace el Trabajo Social y la fotografía.

Desde la Secretaría de Salud Pública Municipal nos proponen armar un proyecto de trabajo. Generamos una oferta de dispositivos de intervención, a desarrollar en los Centros de Atención Primaria de la Salud que incorpora la herramienta de la fotografía en los procesos de construcción de la salud.

En este sentido, el proyecto tuvo y tiene como eje trazador, generar una oferta institucional diferente, que trabaje desde lo saludable, lo creativo, como medio para ir resignificando las prácticas. Más o menos lúdicas, más o menos alternativas, desde un punto de vista histórico, las propuestas generalmente centralizan la convocatoria desde la intervención con la enfermedad, la carencia y la urgencia de las personas que demandan nuestros servicios.

También, aunque consideramos que esto forma parte de un proceso de discusión más profundo, entendemos que las ofertas desde el estado para los sectores populares, tienen muchas veces un fin que se centraliza en la convocatoria más que en la oferta y calidad del espacio. En este caso, aprender fotografía, potenciar procesos creativos, etc., es nombrado como una “excusa” para que “los pibes” permanezcan un tiempo fuera de los circuitos que los vulneran. Por este motivo, intentamos hacer de estos espacios, lugares que alojen, que cuiden, pero que también posibiliten aprender contenidos, donde se puedan trascender las fronteras barriales, como alumnos de un taller de fotografía que muestran sus producciones. Propiciamos que los productos del taller y con ello sus autores circulen más allá del barrio, de las barreras de la pobreza. El Desafío hacer más públicas sus producciones que se exhiban en espacios de la cultura mal entendida como “cultura”.

Una foto busca mostrar algo, captura la realidad, es una interpretación del mundo. Sirve para ampliar nuestra noción de lo agradable

en el plano estético y por lo tanto, a través de ella, podemos revisar, reconstruir, las definiciones de belleza y fealdad existentes para una persona o grupo. Si lo que motiva a sacar una foto siempre es el hallazgo de algo bello, nuestra idea es la de construir una mirada de lo bello, junto a los trabajadores, junto a quienes quieran transcurrir esta propuesta, en esa esquina cotidiana que nunca miramos, en esa mujer de rostro cansado, en ese niño de ojos esperanzadores.

Experiencia Barrio “Los Pumitas”

En el año 2012, desde la Dirección de Centros de Salud de la Municipalidad de Rosario, se decidió comenzar con la propuesta en el Centro de Salud “Juana Azurduy” por ser una zona priorizada por la Mesa de Gestión Territorial. Los talleres se desarrollarían en el Centro Comunitario Qadhuoqte, del Barrio Toba “Los Pumitas”, ubicado en la zona Noroeste de la Ciudad de Rosario.

El contexto del barrio donde desarrollamos la tarea, es de extrema pobreza, como la mayoría de las barriadas rosarinas, con servicios básicos insuficientes, y en donde el Centro de Salud resulta ser la única presencia estatal con continuidad en el tiempo. Su población mayormente se caracteriza por personas de la Comunidad Quom, muchos provenientes del Chaco y muchos ya hijos y nietos nacidos en Rosario.

La convocatoria al taller estuvo dirigida en un principio a todo joven que quisiera asistir al mismo. A su vez se consideraron especialmente situaciones priorizadas por su complejidad que vinieran trabajándose desde el Centro de Salud. Cabe destacar que las barreras territoriales no resultaron un dato menor a la hora de definir quienes asistieron y sostuvieron el espacio. En principio hubo una afluencia de quince jóvenes aproximadamente, todos de la Comunidad Quom. No se pudo lograr que jóvenes que no pertenecieran a la Comunidad asistieran al espacio. Esta situación puede analizarse desde dos variables: la primera podríamos llamarla etnofóbica: “al barrio de los to-

bas yo no voy, no me gusta” y la segunda, de conflicto territorial: “no puedo ir al barrio, tengo problemas con gente de ahí”.

¿Cómo lo hicimos?

Los primeros encuentros estuvieron destinados a ver fotos, a contarnos porque nos gustaban más unas imágenes que otras, etc. Nos encontramos con situaciones donde muy pocos chicos tenían fotos propias o de sus familiares, con lo cual, la idea de “tomar y tener” fotos adquiría otro sentido. Después fuimos familiarizarnos con algunas reglas de la fotografía.

El espacio propició salidas, tanto para hacer “safari fotográfico urbano”, como así también para ver obras fotográficas en lugares donde se exhiben estas propuestas (galerías, museos, etc.). La experiencia implicó no solo atravesar las fronteras del barrio, sino ejercitar en otro contexto lo aprendido en las clases y a su vez transitar espacios que si bien son públicos resultan muchas veces, de difícil acceso para los jóvenes de los sectores populares.

Reunirse, preparar el mate, hacer las tortas fritas, generó también un lugar donde compartir vivencias personales y colectivas, acerca del barrio, de sus transformaciones. Estos temas fueron abordados tomando este potencial que tiene la fotografía y centrándonos en la mirada. De esta manera el trabajo se focalizó en rescatar esa mirada que como jóvenes de ese barrio en particular, tienen acerca de las transformaciones en el mismo. La lente de la cámara, del celular abría nuevos modos de mirar esa esquina por la que pasaban todos los días, era descubrir algo lindo, contarles a otros como se vive, se come, se juega, se crece en el barrio del que los otros (los criollos, los medios de comunicación) hablan.

A partir de estas charlas aparecieron historias vinculadas al crecimiento de los basurales y el efecto que causaban en los espacios colectivos del barrio. En una gran mayoría, las fotos que tomaban los chicos mostraban o referían a la basura, debido a que los basurales eran –son– parte predominante en la vida cotidiana del barrio.

En paralelo y al final de cada encuentro dedicábamos un tiempo a pensar un proyecto de trabajo colectivo de fotografía que pudié-

ramos desarrollar a lo largo del proceso del taller, más allá de los aprendizajes individuales de cada uno de los asistentes. Una historia narrada entre todos a través de las imágenes. La obra colectiva final estaba conformada por imágenes donde predominaban las postales de los niños más pequeños jugando en el contexto barrial, o sea en el contexto de la basura.

Realizamos una Muestra Colectiva Final como modo de cerrar el proceso desarrollado. La misma fue expuesta en el Centro de Salud “Juana Azurduy” de modo de que esa tarde la gente que circuló por el mismo, pudo ver las fotos de la serie montada.

Para finalizar señalamos con orgullo, que en el mes de octubre de 2012 acompañamos la participación de los adolescentes en el Concurso Nacional de Fotografía “Azucena Villaflor”, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, donde fueron ganadores dos de los adolescentes del taller. Los premios (una cámara fotográfica profesional, un Curso de Fotografía a distancia a cargo del Instituto Universitario Nacional de Artes, un curso *on line* de procesador de imágenes, para cada uno de los ganadores y un cañón para las instituciones a las que pertenecen los chicos), no sólo son un importante reconocimiento y estímulo para los chicos, sino también brindan recursos materiales concretos para continuar en el camino de la fotografía como medio de expresión y posible salida laboral.

Experiencia Centro de Salud “Ceferino Namuncurá”

En el Centro de Salud “Ceferino Namuncurá” se desarrolla un espacio de Huerta con niños provenientes de familias con las cuales se estaba y está trabajando. El proyecto surge como un espacio diferente para trabajar con estos niños, ya que se observaba que los diferentes abordajes y estrategias de intervención venían mostrando ciertas limitaciones: ya no era suficiente trabajar desde los lugares tradicionales como el espacio de la consulta clínica, las entrevistas individuales y visitas domiciliarias.

Durante el desarrollo del dispositivo de la Huerta, el equipo comienza a hacer un registro fotográfico con el cual los niños se entusiasman y comienzan a realizarlo ellos mismos.

Dado este interés, nos convocan a pensar conjuntamente la realización de un taller de fotografía para estos niños, apostando a que el espacio no sea solo un lugar de transmisión de conocimiento sino que se pudiera trabajar a través del mismo otras cuestiones.

Metodología de trabajo

La idea fue sumarnos a un espacio ya establecido, que tiene una dinámica, una modalidad. Los niños se encuentran en el Centro de Salud, algunos asisten de manera espontánea y a otros miembros del equipo los pasa a buscar por sus viviendas. Se prepara con ellos la leche, el mate cocido, se sirven las galletitas y se desayuna. Esta dinámica viene del proceso de trabajo en la huerta en donde muchas veces los niños no concurrían por sus medios y muchas veces lo hacían sin desayunar. El desayuno entonces, es una estrategia de alojamiento, en donde circula el mate cocido, la leche tibia, las galletitas, las palabras de afecto. Cada uno cuenta como está y se instala a su vez, una práctica alimentaria básica, una transmisión de hábito cultural, necesaria en vidas donde pareciera que hay un continuado, no hay tiempo para parar y el modo del alimento esta sesgado por la sobrevivencia. Después juntamos las cosas, ordenamos el espacio y lo preparamos para trabajar.

La fotografía, aquí aparece como un punto de partida. Se oferta un espacio en donde hay un grupo de adultos que hacen cosas con los niños: juegan con ellos, miran con ellos, crean con ellos y producen cosas, sacan fotos, pintan... Hablamos de niños de los que los adultos no esperan nada, de niños que son expulsados de las escuelas, que el barrio los cataloga, los estigmatiza y los rotula por una historia que los precede. Que lo único que pueden hacer es “portarse mal”. Aquí los niños hacen cosas de niños.

El espacio, como dijimos, es semanal, y la convocatoria a la participación en el mismo, se centró en la selección de un grupo de niños con los cuales el equipo venía trabajando con ellos y sus familias. De

este modo la convocatoria no fue masiva, dada la priorización hecha por el equipo, pero así se dejó abierta la posibilidad de que los niños pueden invitar ellos mismos a algún amigo, primo, etc., a participar.

Lo desplegado por los niños en el taller es un insumo para ser repensado con el equipo de referencia que tiene a cargo cada familia y con los profesionales matriciales. Los trabajadores que participan de estos espacios de trabajo grupal son a su vez quienes tienen adscritas a estas familias. Esto tiene que ver, entonces, con el modo en el que pensamos la práctica de salud en Atención Primaria, con generar modos de trabajo que acompañen la atención en el consultorio, la visita, el informe. Es hacerle lugar a aquello que no “encaja”, que nos interpela en la cotidianeidad.

La Dinámica, muy dinámica

En el comienzo de este taller fuimos probando distintas dinámicas hasta llegar a la propuesta actual. Ya era un hecho que la clásica clase de fotografía no iba a funcionar debido a los tiempos y las ansiedades propias de la infancia. Reconocemos como parte de nuestro propio aprendizaje poder esperar los tiempos de estos niños, hacerle lugar a esa ansiedad: “quiero todo ya y si no, no quiero nada”, y en ese marco armar una dinámica que nos permita trabajar y producir, que a su vez era lo que ellos querían. Fueron necesarios varios encuentros para conocernos, como así también incluir otras actividades como juegos, dibujo, etc. La inclusión de estas actividades permitió la construcción conjunta de escenarios o historias con la incorporación de pequeños objetos, que junto a un contexto cuentan algo: alguien que se va de paseo, alguien que le lleva flores a su novia, alguien que pasea en moto...y fotografiamos las escenas.

El grupo, lo colectivo, lo singular

Pensamos el espacio grupal como herramienta para la intervención, que genera un producto (realización de una obra colectiva) donde se necesita del saber, conocimiento del otro, algo que no se puede realizar solo, individualmente. Es decir, lo grupal entendido en un doble sentido: los niños necesitan de nuestro acompañamiento y de

la creatividad de sus compañeros para la construcción de la obra y nosotros, quienes trabajamos en los abordajes, en las intervenciones, necesitamos de aquello que se produce en el taller para generar un modo de intervención que nos amplíe la mirada y por tanto nos amplíe las posibilidades de trabajo.

En este sentido, algunas cuestiones en torno a lo colectivo, lo público, lo privado, lo singular, que emergían de la dinámica de trabajo con los chicos nos llevaban a reflexionar, a cuestionar-nos, a generar preguntas. En los espacios públicos estatales, muchas veces existe una tendencia a asimilar lo público en tanto es de todos, y ese todos a veces tiene un dejo de anonimato: ¿es del Estado, por lo tanto, de otro anónimo que me es ajeno? ¿Es mío en tanto usuario? ¿Es mío en tanto trabajador? En el uso que hacemos de las instituciones tanto usuarios como trabajadores, podemos reproducir ciertas lógicas que lejos están del espacio público un lugar cálido, que aloje, agradable y que singularice. Muchas veces en la cotidianidad de las vidas arrasadas de los niños con los que trabajamos en este taller (y muchos más) pasa lo mismo, no hay mi cama, mis cosas, mi ropa, mis juguetes.

Lo público, no tiene por qué contraponerse con pensar y desplegar estrategias que instauren prácticas subjetivantes, que le hagan lugar a la singularidad de cada uno de los niños. Hacerle lugar a la singularidad tiene que ver con pensar prácticas, acciones concretas. Por ejemplo posibilitar a cada niño producir algo, un objeto, una foto, volver al tiempo y encontrarlo guardado, o exhibido en una muestra, en el Centro de Salud. Parece una acción insignificante. Pero en ese mar de anonimatos que puede ser una institución pública alguien produce algo y alguien, un adulto, lo guarda, lo cuida o lo muestra a los otros, puede en este caso tener al menos dos efectos: hacerle lugar a un niño más allá de su Historia Clínica, cuidando de lo que él o ella produjo, y garantizando que alguien en ese mar de anonimatos cuide las producciones de “Brian”; y a su vez mostrar a los otros (vecinos, parientes, trabajadores de la salud) esos objetos, de ese niño o niña del que sólo se esperan escenas violentas, repitencias de grado, y muchos etcéteras.

Para seguir pensando...

La fotografía como práctica artística es un medio para la expresión de sentimientos y emociones. Una foto busca mostrar algo, captura la realidad, es una interpretación del mundo.

Por lo tanto, con estas dos experiencias diferentes entre sí, pero con una centralidad puesta en la mirada y en la producción de una obra, pretendemos abordar dos componentes centrales de la cultura: la cultura en tanto objeto (obra fotográfica) y como generadora de vínculos (dispositivo que regula las formas de relaciones entre personas). Pero también la cultura puede ser reproductora de las relaciones de poder desiguales más aun reforzarse desde los espacios públicos estatales: talleres pobres para niños, jóvenes pobres. Este es un tema que nos sigue preocupando y desafiando: nos resuena permanentemente la idea de que los talleres montados para los sectores populares puedan llegar a convocar desde la idea de “una excusa” para que los niños, los jóvenes estén en un espacio institucional un tiempo de modo preventivo para preservarlos de los escenarios arrasantes que implica la vida cotidiana en las barriadas rosarinas, dejando de lado o a un segundo plano, la calidad, de los materiales, de los contenidos, algo que en un taller de arte, de fotografía, etc. para los sectores medios, sería incuestionable, incluso desde los espacios promocionados desde el propio Estado.

Esta idea se refuerza con la definición que Néstor García Canclini hace de las políticas culturales como “el conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o transformación social” (Ochoa, 2003:70).

Stuart argumenta que si las diferencias entre las personas, en este caso (los niños/as, criollos, quom, las clases medias, los sectores populares), se entienden como culturales son factibles de modificarse. Pero si son “naturales” son permanentes y fijas.

Por lo tanto, la naturalización es una estrategia diseñada para fijar la diferencia y así asegurarla para siempre. La fotografía en sí, no

es un hecho revolucionario, sino que puede ser un modo de contar, de mostrar, de develar algo que pasa. En este caso, niños, jóvenes, mujeres, hombres, tenemos la oportunidad de hacer uso de esta herramienta creativa para generar procesos creativos en niños en los que nadie apuesta, generar discurso en jóvenes que son hablados por otros.

Y también de aprender fotografía, porque como dijéramos más arriba, la idea del taller es alojar, pero la fotografía no es una excusa, es una posibilidad de aprender a mirar, jugar y contar, a través de esa herramienta artística.

Referencias bibliográficas

AUTORES VARIOS. *Infancias y Adolescencias. Teorías y experiencias en los bordes*. Buenos Aires, Noveduc, 2006.

ESCOBAR, A; ALVAREZ, S. y DAGNINO, E. “Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos”, en: *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Bogotá, Taurus/ ICANH, 2001. pp. 17-44.

HALL, S. “El espectáculo del Otro”, en: HALL, S. *Sin Garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Instituto de Estudios Peruanos / Pontificia Universidad Javeriana / Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, 2010. pp. 519-446.

OCHOA, A. “Entre los deseos y los derechos. Un ensayo crítico sobre políticas culturales”. Bogotá, ICANH, 2003.

WALD, G. “Promoción de la Salud a través del arte: estudio de caso de un taller de fotografía en Ciudad Oculta, la villa n° 15 de la ciudad de Buenos Aires”, en: Revista *Salud Colectiva*, vol. 5 - N° 3. Lanús, septiembre-diciembre de 2009.

Recepción: 30/03/2014
Aceptación: 09/07/2014